




Menores marroquíes



Mourad
18 años

“Mi familia se trasladó al barrio de Bendibane (Tánger) Mi padre no cobra pensión de invalidez. Con 15 años comencé a trabajar en una planchistería. Empecé a pensar en emigrar a España, junto con mis amigos. Lo intenté durante más de dos años, bajando cada día al puerto después del colegio o del trabajo. Nunca le conté a mi familia mi intención de emigrar. Llegar a España se convirtió en

una prioridad: quería mejorar mi situación, soñaba con un futuro mejor... Nuestro objetivo era Catalunya. Trabajé en dos talleres textiles de Santa Coloma durante más de un año. Viendo que no podía regularizar mi situación, me puse en contacto con los educadores de calle... del Centro de Acogida marché a un Centro Residencial. Ahora ya soy mayor de edad, y estoy a la espera de una plaza en un piso interdepartamental de la Generalitat. Comienza otra etapa de mi vida...”

Me llamo Mourat y tenía 16 años cuando llegué por primera vez a Catalunya. Nací en un pueblo cercano a Tánger (3 o 4 km), pero cuando sólo tenía un año mi familia se trasladó al barrio de Bendibane. Allí viví desde entonces.

En casa éramos mis padres y cuatro hermanos: soy el mayor de todos, aunque tuve un hermano que murió antes de nacer yo.

Mi padre trabajó de pescador durante muchos años, y después se pasó al contrabando de productos entre Tánger y Ceuta. Hace unos 11 años enfermó y quedó paralítico. Desde entonces no trabaja ni cobra pensión de invalidez. Todos estos años ha sido mi madre quien ha llevado adelante la casa trabajando en un taller de confección.

Aunque fui a la escuela 7 años, no sé escribir el marroquí muy bien. Los últimos años casi no iba: no me gustaba el colegio, y además tenía que ayudar a mi familia, para eso era el hijo mayor.

Con 15 años comencé a trabajar en una planchistería, a través de un conocido del barrio. Estuve allí unos 10 meses, empezando de aprendiz y cobrando 500 dirhams por semana. Casi todo el dinero se lo daba a mi madre.



Menores marroquíes

En aquella época empecé a pensar en emigrar a España, junto con mis amigos. Lo intenté durante más de dos años, bajando cada día al puerto después del colegio o del trabajo, o vigilando algunos hoteles para intentar esconderme en un autobús: lo intenté más de 30 o 50 veces, pero siempre me cogía la policía: “cómo te llamas, cuántos años tienes...”, y ya está, fuera... Algunas veces la policía me encontraba ya escondido en el camión o el autobús, me pegaba y me amenazaba con encerrarme. Hasta que la amenaza se cumplió y me encerraron tres días en comisaría, pero les di un nombre falso para que no pudieran contactar con mi familia...

Nunca le conté a mi familia mi intención de emigrar, aunque seguramente lo sospechaban. Cumplía con mis obligaciones cada día y sólo después de ellas lo intentaba, casi como si fuera un juego eso de pasar el Estrecho.

Llegar a España se convirtió en una prioridad: quería mejorar mi situación, soñaba con un futuro mejor del que podría tener nunca en mi barrio. Y también quería correr aventuras, viajar...

Cuando ya estaba a punto de cumplir 16 años lo conseguí. Un anochecer, un amigo y yo nos escondimos encima del depósito de gasolina de un autobús. En ese escondrijo llegamos a Europa después de 10 horas sin movernos, hasta que el autobús se paró en un pueblo de la provincia de Granada. Bajamos 8 chavales: mi amigo y yo, y seis más que no sabíamos que estaban... Habíamos pasado mucho frío, aunque yo llevaba encima dos pantalones, una camiseta y dos chaquetas.

En la estación de servicio donde paró el autobús algunos turistas nos invitaron a tomar un café con leche. Después caminamos más de tres días por la carretera; dormíamos por el camino y pedíamos comida en las casas que íbamos encontrando. Llegamos hasta Lorca, y en tren sin pagar hasta Murcia. Días más tarde llegamos a Alicante.

Cuando llevaba casi una semana en España, llamé por teléfono a mi familia para decirles que estaba bien. Mi madre me pidió que volviera a Tánger. En Alicante estuvimos tres semanas trabajando en la agricultura con emigrantes mayores de edad: unos chicos marroquíes que tenían papeles, de todo. Trabajábamos en los campos de patatas por 5.000 ptas al día, después íbamos en coche a casa. El otro amigo iba a coser zapatos. Estuvimos alojados con estos chicos, pero queríamos ir aún más al norte...

Nuestro objetivo era Catalunya, donde teníamos a muchos conocidos del barrio de Tánger; sus familias nos habían dicho que les iba muy bien. Ahorramos parte del dinero para comprar el billete de tren y un poco de ropa.



Menores marroquíes

Por fin llegamos a Barcelona y preguntamos por la Plaza de Catalunya, donde contactamos con otros marroquíes, que nos recomendaron ir a Santa Coloma de Gramenet, porque allí podríamos encontrar trabajo. Nos advirtieron que no nos quedáramos en Barcelona, que había mucha policía.

Los tres primeros días en Santa Coloma dormí en casa de un amigo mayor de edad y con permiso de residencia. Al día siguiente, cuando comía en el bar Atlas (donde quedan todos los marroquíes), un señor marroquí se me acercó y me ofreció trabajo en un taller de confección.

Trabajé en dos talleres textiles de Santa Coloma durante más de un año. En el primero estuve 2 meses, encolando cuellos y puños 8 o 9 horas cada día. Por eso ganaba muy poco dinero, unas 12.000 ptas a la semana. Me daban alojamiento, pero tenía que pagar por él 20.000 ptas en el bar de Marruecos donde comía y cenaba cada día. En esa época no me quedaba nada de dinero para enviar a mi familia.

Al cabo de un tiempo empecé a trabajar para el hermano de mi primer jefe, y al no tener que pagar mi manutención mejoré mi situación: pude ahorrar dinero para mi familia, unas 25000 ptas al mes que enviaba a través de un compañero mayor que viajaba casi cada semana a Marruecos.

Al final dejé de trabajar para este segundo jefe porque no estaba cumpliendo con lo que me había prometido: que me haría una oferta legal de trabajo para poder regularizar mi situación en Catalunya: cuando llegaron mis papeles (partida de nacimiento) de Marruecos, él no los quiso. Así que me fui a trabajar un mes y medio a casa de un amigo que también tenía un taller, cosiendo a máquina. Me daba manutención y alojamiento, pero no me pagaba.

Cansado de mi suerte y viendo que no podía regularizar mi situación legal, después de hablar con otros chicos de Marruecos, me puse en contacto con los educadores de calle de Santa Coloma. Me explicaron lo que la Dirección General de Atención a la Infancia y a la Adolescencia (DGAIA) me podía ofrecer. Esa misma noche ya dormí en el Centro de Urgencias, en Collserola. Al día siguiente me preguntaron mis datos personales, les conté mi historia, y me llevaron al Hospital Clínico para comprobar mi edad.

Pasé dos semanas en el Centro de Urgencias, sin entender del todo qué estaba pasando, aunque los educadores me explicaron que tenía que esperar a conseguir plaza en algún centro. Allí me mantuve paciente y correcto con todo el mundo.

La DGAIA consideró que podía entrar en el Centro de reinserción sociolaboral. Los educadores me hicieron un par de entrevistas y fui admitido. Estaba contento porque otros chicos me habían explicado que éste era el único Centro donde te hacían papeles.



Menores marroquíes

Aquella semana le expliqué a mi familia que pasaría 6 meses allí, y que cuando consiguiera el permiso de residencia les podría ayudar mejor. Ellos me aconsejaron que fuera un buen chico y tuviera paciencia. Pero cuando sólo llevaba dos días allí, un compañero del centro me acusó de haberle pegado unos meses atrás. Yo no había sido, pero me llevaron otra vez al Centro de Urgencias de Collserola, y después de unas semanas al centro de acogida, cerca de Manresa.

Nunca entendí porque me trasladaron allí, si yo no había hecho nada. Estuve unos 10 días y después me escapé con otros chicos. Volví a Santa Coloma, donde me reencontré con los educadores de calle, que me convencieron de volver a la DGAIA. Volvió a repetirse la misma historia: siempre me decían que sólo había plazas libres en el centro de acogida. Yo no quería ir allí, no me gustaba. Casi llegué a provocar un motín en el centro. Después pasé más de dos meses en el Centro de Urgencias, esperando una plaza en un centro más pequeño o alguna otra solución. Me sentía tan inseguro que nunca sabía con qué pie me iba a levantar aquel día, hasta que se me concedió una plaza en el Centro de acogida más pequeño de Gerona.

Me fui para allá esperanzado y dando gracias a Alá por haberme dado la paciencia de la espera. Aseguré a los educadores que mi comportamiento volvería a ser el del principio, no el de amargado de los últimos tiempos. En este centro estuve más de 5 meses, y desde allí daba noticias a los educadores y compañeros que había conocido en mi etapa de Barcelona. Les explicaba que estaba haciendo un curso de carpintería, y dando clases de castellano para mejorarlo. Aguantaba porque quería conseguir el permiso de residencia y aprender algún oficio que me abriera las puertas a algún trabajo.

Nunca perdí de vista el objetivo de ayudar a mi familia. Finalmente hace poco que he conseguido mi permiso de residencia. Después del Centro de Acogida marché a un Centro Residencial, aunque ya estaba a punto de cumplir los 18 años. Ahora ya soy mayor de edad, y estoy a la espera de una plaza en un piso interdepartamental de la Generalitat. Comienza otra etapa de mi vida...